

VICENTE A. SALAS

«ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA»



Florilegio de prosistas uruguayos

48777

LOS ENSAYISTAS — LOS ARTICULISTAS

LOS CUENTISTAS

LOS NOVELISTAS — LOS PERIODISTAS

III-3-2



860.05
5161 f

EDITORIAL CERVANTES

AMÉRICA
Victoria, 788
(Editorial Tor)
BUENOS AIRES

ESPAÑA
Hernán Cortés, 8
VALENCIA



ÍNDICE

Págs.

PREFACIO. 9

LOS ENSAYISTAS

José Enrique Rodó.— <i>PARÁBOLAS: Viendo jugar a un niño.—La respuesta de Leuconoe.—La pampa de granito.</i>	25
Carlos Vaz Ferreira.— <i>Errores pedagógicos.</i>	35
Héctor Miranda.— <i>Artigas, el protector.</i>	41
Alberto Nin Frías.— <i>La música.</i>	49

LOS ARTICULISTAS

Samuel Blixen.—« <i>Ven, muerte, tan escondida...</i> »	59
Constancio C. Vigil.— <i>Plegaria del Sembrador.</i>	63
Adolfo Agorio.— <i>El español Vicente Egaña.</i>	67
Guillermo Kubly Arteaga.— <i>Utilitarismo.</i>	73
Horacio Maldonado.— <i>Lo mejor de mi vida.</i>	77
Francisco Alberto Schinca.— <i>Las ventanas.</i>	81
Raúl Montero Bustamante.— <i>La armadura del condes- table.</i>	83
Juan Antonio Buero.— <i>El cóndor Silvio Pettrossi.</i>	89
Wifredo Pí.— <i>La poesía gauchesca.</i>	93
Mario Falcao Espalter.— <i>La buena voluntad.</i>	97

LOS CUENTISTAS

Horacio Quiroga.— <i>La gallina degollada.</i>	105
Javier de Viana.— <i>La tísica.</i>	115

	Págs.
Manuel Bernárdez.— <i>El desquite.</i>	121
Benjamín Fernández y Medina.— <i>La muerte.</i>	141
Juan José de Soiza Reilly.— <i>La historia áe mi traje.</i>	151
Víctor Arreguine.— <i>Mandinga.</i>	159
Rodolfo Romero.— <i>Doña Dominga.</i>	163
Manuel Medina Betancourt.— <i>Mi vecina.</i>	169
Santiago Dallegri.— <i>En el restaurant.</i>	173
Vicente A. Salaverri.— <i>La Novela blanca.</i>	179

LOS NOVELISTAS

× Carlos Reyles.— <i>El caudillo.</i>	191
Eduardo Acevedo Díaz.— <i>El incendio de un campo.</i>	201
Mateo Magariños Solsona.— <i>Evocación.</i>	207

LOS PERIODISTAS

José Batlle y Ordóñez.— <i>Las corridas de toros.</i>	219
Antonio Bachini.— <i>El loco inmortal.</i>	225
Juan Andrés Ramírez.— <i>En el día de un gran pueblo.</i>	231
Domingo Arena.— <i>Elogio: el autor de un libro.</i>	239
Julio María Sosa.— <i>El derecho del niño.</i>	245
Pedro Manini Ríos.— <i>Programa de un periódico.</i>	251
Hugo Antuña.— <i>José Enrique Rodó.</i>	261

Samuel Blixen

Cuando al atardecer pregonan «La Razón» en Montevideo los vendedores de diarios, todo el mundo evoca la figura simpática del autor de «Cobre Viejo». En estos últimos tiempos, ninguno de los literatos que hizo periodismo gozó de tanta popularidad y cariño. Samuel Blixen tenía una inteligencia brillantísima, tan ductil, que le consintió ser buen crítico, excelente glosador de la actualidad, poeta y dramaturgo. Los libros de «Minas al Cerro», «Desde mi butaca» y «Por mares azules», conjuntamente con sus obras teatrales «Primavera», «Verano», «Otoño», «Invierno», «Un cuento del tío Marcelo» y «Frente a la muerte», acreditan a un literato extraordinario, que supo conciliar con lo ameno, lo profundo y lo fuerte. Murió a los 45 años. El siguiente artículo hubo de escribirlo presintiendo ya su agonía.

«Ven, muerte, tan escondida...»

Llama la atención, la frecuencia con que, en Montevideo, se suceden las muertes repentinas. No sólo los médicos, sino también los moralistas, debieran ocuparse seriamente del asunto. Ese hecho es elocuente y sintomático: denota que la existencia no se desarrolla tan apaci-

blemente como parecería a primera vista... Esas aneurismas, esas roturas cardíacas y esas fulminantes apoplejías que tan continuos estragos hacen a nuestro alrededor, revelan que la vida, entre nosotros, no es precisamente aquella «descansada senda» de que hablara el poeta... Los hombres de la Facultad darán cien explicaciones científicas, atendibles y serias, pero creo que solamente el filósofo hallará la razón verdadera del fenómeno... La vida, en estos países americanos y especialmente en el nuestro, es por demás aleatoria. Pocos son los que pueden jactarse de tener asegurado el porvenir... En los países europeos, con el cálculo, la previsión y el ahorro, el hombre trabajador logra asegurarse una vejez apacible. Suda el quilo hasta los cincuenta años, economiza hasta sobre la sed y el hambre en los primeros tiempos, pero trabaja con fe y perseverancia, en la seguridad de que acabará en rentista. La existencia de un hombre equilibrado se desliza suavemente, sobre el doble carril del trabajo y del ahorro... ¡Pero aquí! Aquí, pocos trabajan y ninguno ahorra. Se vive intensamente, pero al día. Se goza todo lo que se puede del hoy, sin pensar en el mañana... Se despilfarra: se arroja el dinero, a puñados y a los cuatro vientos... Nadie atesora, porque nadie tiene fe en la estabilidad de las ventajas conseguidas. Un pesimismo nato nos lleva a desconfiar del porvenir, sin que pensemos en precavernos contra los males previstos. ¡Hasta los capitalistas, los que tienen agarrada por el mango la sartén de la Suerte, están con el Jesús en la boca, temiendo siempre una problemática revolución! ¡El especulador en fondos públicos teme un pánico en la Bolsa, siempre posible en este país de nerviosos impresionables! ¡El empleado teme que, al primer tropiezo en las finanzas nacionales, le cercenen la mitad del estipendio...! Aquí todo el mundo teme siempre algo, y se pasa la vida temblando.

Y eso, precisamente, es lo que nos mata: el Miedo. El miedo absurdo que se apodera del que va por el camino de la vida con la aprensión de que le espera una emboscada, un peligro, un momento terrible, donde menos lo piensa. El miedo del que vive en un orgasmo perpetuo, con la exaltación febril del jugador que a cada momento expone su fortuna y su dicha en un rodar de dados... Y la prueba de que muchos son los que sufren de estos terrores, es esa cantidad de víctimas repentinas que la enfermedad cardíaca hace entre nosotros. La angustia continua, gasta, cansa y consume a los corazones débiles... ¡Felices ellos, por otra parte! En ellos se cumple el deseo formulado por Teresa de Jesús: «Ven, Muerte, tan escondida.—Que no te sienta venir...» Y la «pallida Mors», se les muestra amiga benévola, ahorrándoles la dura prueba de la agonía. Montaigne, que no fué hombre capaz de escribir sandeces, ha dicho: «No le temo a la Muerte, pero sí al morirme...» Y esta distinción, en apariencia sutil, es verdadera y profunda. El sentirse acabar, lenta y seguramente, sin esperanzas, es lo único que hay de terrible en el grande y último paso... Por lo tanto, pueden considerarse favorecidos por los Dioses, aquellos que dan, sin recibir previo y molesto aviso, el último salto mortal hacia lo ignoto. ¡Siempre envidié las muertes de Anacreonte, atragantado por un grano de uva: de Esquilo, sobre cuya calvicie dejó caer un águila la pesada tortuga que llevaba entre sus garras...! o del Aretino, que pereció en las convulsiones de una carcajada... En cambio me resulta ridícula la muerte del mariscal de Maurevel, que murió, según Saint-Simón, de miedo por haber volcado la sal, o la de Alejandro Guidi que sucumbió al dolor de encontrar una errata en la edición definitiva de sus obras... Lo que ya no es de estos tiempos, es el terror que ante la muerte experimentaron antes muchos hombres

esforzados, y entre otros Luis XI, y el príncipe de Kaunitz, los cuales no permitían que se hablara de «morir» en su presencia. ¡Necio terror, de quienes pretendían ignorar que la Muerte, como dijo Séneca, no es castigo sino ley ineludible! ¡Inexplicable repulsión, para quienes comprenden que la vida está hecha de sepelios continuos, y que un día enterramos nuestra última ilusión, y otro día nuestra última esperanza, y otro día nuestro último deseo, y que, cuando llegamos al término fatal, a la hora suprema, lo que queda por enterrar de todo lo que fuimos, es, al fin y al cabo, tan poca cosa, que no vale la pena de una sola lágrima ni una sola lamentación! ¡Las muertes más tristes son aquellas paulatinas y constantes, que llenan una existencia: la muerte de la fe, de la ambición, del amor...! Y como decía Janin: la más terrible de todas, es la de la Juventud. A los cuarenta años hay que poner el R. I. P. definitivo sobre la pesada lápida de tristezas, bajo la cual se tiende a reposar nuestro cansado espíritu...